

rrientes de calefacción, prensa diaria, luz, agua, seguros y el mantenimiento rutinario de un edificio grande y vetusto que necesita sustento. Por fortuna, los tejados se adecentaron hace poco y tanto la fachada principal como los salones pequeños están recién pintados. Hay un proyecto para reparar esos enormes ventanales que dan a la calle, pero no está claro que la general de su bendición al gasto. Para colmo, la barra ha sido arrendada a coste cero para el repostero, cuyo único compromiso es ofrecer un buen servicio y encargarse de la conserjería. Es más, la otrora prestigiosa repostería del casino está abierta a cualquier ciudadano que desee disfrutarla, sea socio o no lo sea. Sin esa condición, ningún arrendatario hubiera aceptado hacerse con el negocio.

Las alternativas fallidas

La Junta Directiva actual es plenamente consciente de la situación. Su presidente actual, Juan Rodríguez-Rabadán, no se engaña, “el casino se agota porque no entra gente joven”. Da en la tecla. “Es el mejor edificio del pueblo pero sin jóvenes es imposible darle vida”. No exageramos si fijamos la media de edad del socio en 70 años, sino más. El quid de la cuestión es, no ya renovarse, sino reinventarse. Hasta ahora, las propuestas ambiciosas para cambiar el rumbo de la sociedad han caído en saco roto. Unas veces, las más, porque la junta general las enterró. Otras porque la directiva ni siquiera se atrevió a elevarlas a la soberanía popular.

Con el comienzo del nuevo siglo llegó una oferta formal de La Caixa, dispuesta a comprar la esquina del edificio, donde se encuentra el salón de lectura, para instalar su oficina bancaria. Pero era preciso hacer una obra importante para adaptar el local y la directiva, tal vez segura de que la general daría calabazas, ni siquiera lo sometió a votación. También hubo interés de un hostelero local para alquilar los sótanos a fin de montar un disco-pub, sin éxito.

En 2009 fue el propio casino quien llamó a la puerta del Ayuntamiento. La directiva presidida por Gregorio Uriel se reunió con el alcalde, Diego García-Abadillo, y le ofreció la venta del inmueble. A cambio, la sociedad se reservaba el usufructo vitalicio para sus socios mientras los hubiera. Tampoco

cuajó. Y uno de los planes más interesantes fue el intento de transformar el casino en una Sociedad Limitada, en tiempos de Isaías Montoya en la presidencia. Se trataba de cambiar la figura jurídica mediante el reparto de acciones, no más de 5 por socio para evitar especulación. El objetivo final era garantizar la continuidad de la institución mediante el pase de esos títulos a los familiares del socio en caso de defunción. La junta general dio portazo al asunto, para variar.

La última posibilidad para hacer algo distinto llegó este verano. Un empresario madrileño con vínculos solaneros se interesó por el casino para montar una sala de apuestas online, tan de moda últimamente. La cosa no pasó de alguna conversación, sin proyectar nada serio.

Asociaciones, una solución viable

La cruda realidad se impone. Desde 2006, el Casino La Unión ha perdido el 65% de su masa social. A este ritmo, tiene las horas contadas. Excepto que se abra a la sociedad solanera. Andrés Moreno Martín de las Mulas es el secretario desde hace 18 años, en distintas etapas. Aún joven (50 años) para la media de edad que se mueve ahí dentro, no oculta su apego sentimental a la institución, “le tengo cariño y no quiero que desaparezca”. Conoce las tripas del casino como nadie y sus posibilidades, que existen a pesar de todo.

“En un edificio tan grande, y tan céntrico, se pueden hacer muchas cosas”. Opina que la conversión en SL es una buena idea, “sería una forma de asegurar el futuro con títulos de propiedad”. Pero apunta otras, por ejemplo abrir las puertas a las asociaciones solaneras. Son muchas las que pagan alquileres en diferentes locales o buscan dónde instalarse. Andrés Moreno tiene entre ceja y ceja apostar por esta alternativa. “Los salones de arriba están vacíos, se podrían dividir para dar entrada a asociaciones interesadas en tener un local céntrico, amplio y asequible”.

En su opinión, esta apertura revitalizaría el casino. “Se trata de que los solaneros entren al casino”. Donde hay gente, hay vida. La duda es saber si la susodicha junta general, cada día más pequeña, aceptaría una iniciativa de esta naturaleza. Con los ojos abiertos, sí; con los ojos cerrados, desde luego que no. El obstáculo se repite: los inmovilistas siguen ahí. Quizás piensen, erróneamente, que el regio edificio acabará siendo suyo y lo mejor es no mover un dedo. En caso de disolución, el artículo 93 de los estatutos es rotundo: “el patrimonio resultante se destinará a la entidad o entidades no lucrativas que se determinen, y que en todo caso habrán de perseguir fines de interés general”.

La ecuación es clara. Reinventarse o morir. Es cuestión de que los reformistas ganen la batalla a los petrificados. Pero han de hacerlo antes de que sea demasiado tarde. *



▲ El amplio e inutilizado salón de arriba, un buen destino para asociaciones u otras actividades.